



El arca de Juan Soriano

Mary Carmen Sánchez Ambriz

PAZ LO LLAMÓ EL NIÑO de las mil caras y tal vez también fue el de los mil animales. Juan Soriano pasó por distintas etapas gráficas, reviros del lápiz que lo conducirían a contemplar detenidamente a la naturaleza. Su dedicación por la zoología comenzó en dibujos, acuarelas, óleos y más tarde derivó en esculturas hechas en plata y bronce. “La vida del hombre y del artista son una lucha constante por conseguir la libertad, no sólo para crear arte, sino también para crear vida dentro de la más profunda necesidad del ser humano”, solía decir el pintor.

Entabló largas conversaciones con la fauna, que mediante el lenguaje plástico incorporó a su mundo. Desde su niñez, Soriano se sentía atraído por los felinos. Cuando estudiaba en el Colegio Italiano, en Guadalajara, realizó un dibujo de un gato saliendo de una bota. El director de la institución estaba sorprendido de sus habilidades y no creía que él lo hubiera hecho, por lo que mandó llamar a su padre. “Es un niño prodigio”, exclamó el director cuando el padre de Soriano confirmó que su hijo era el autor del apunte. Días más tarde, su padre le preguntó qué quería hacer cuando fuera grande, respondió sin titubear: “Pintor”.

Se cree que el primer animal que retrató formalmente fue un león; después podría decirse que emprendió el bestiario, a mediados de los años cincuenta, de manera continua. Tras un viaje a Grecia, la mirada de Juan Soriano quedó atrapada por los mitos. Los segundos que subieron a su arca fueron otros mamíferos cuadrúpedos: cabras, caballos y centauros tienen el mismo origen, son animales que acompañaron a los dioses. Luego

Del catálogo de la exposición “L’atelier de Juan Soriano”, colección Luis Chumacero



Juan Soriano, *Serpiente y ratón*, colección Luis Chumacero

apareció la serpiente que se debate entre la sabiduría y el pecado, lengua bífida a punto de introducirse en una insondable caverna.

Más tarde llegaron los peces de distintas tonalidades, que dieron señales de vida en la profundidad del océano. Y del mar, casi trazando una línea en el horizonte, alzó la vista y se entretuvo con los pájaros, gaviotas y pelícanos. El pincel al vuelo se explayó en seres alados: las aves arribaron a la gráfica del artista y nadie hubiera imaginado que se ocuparía tantas ocasiones de la paloma hasta el punto en que se convirtió en una muestra de sus habilidades para ejecutar virtuosas metamorfosis, abstracciones, caprichos, silencios. Juan Soriano pasó de lo figurativo a lo abstracto y de este último regresó al estilo con el que se inició.

Plumas al vuelo. Para serle fiel a la naturaleza, lejos estaba de encasillarse en una serie de rigores. “Los pájaros me han fascinado desde siempre. Encierran todas las formas imaginables, todos los colores posibles y sus combinaciones [...] Y son capaces de volar, qué gran misterio”, reflexionaba el artista gráfico jalisciense. Vistos por Soriano los animales se tornan otros, son pájaros, gallinas, pingüinos, gorriones, avestruces, canarios, guajolotes, pelícanos, águilas, mirlos, huracas, patos, pavorreales, garzas, flamings, loros, búhos: aves provenientes del mundo real pero que atisban sus alas en el de la imaginación. “Cuando pinta un pájaro se rige por un principio opuesto al del copista: transgrede el mundo que hacía imposible ese pájaro. Sus cuadros cuentan el inagotable relato de esa celebratoria rebeldía”, reconoce Juan Villoro.

Ya lo dijo Julio Cortázar, “es bueno que existan los bestiarios colmados de transgresiones, de patas donde debería haber alas y de ojos puestos en el lugar de los dientes”. Es el propio Cortázar, amigo de Soriano, quien le

dedica la prosa “Orientación de los gatos”, en donde cuenta la entrañable relación que existe entre Alana (su mujer) y Osiris (un gato negro).

Autores como Córtazar, Arreola, Borges, Neruda, Guillén, Tablada y Monterroso han seguido la tradición inaugurada por Aristóteles y Plinio. El bestiario es considerado un género breve y descriptivo, muy popular durante la época clásica y más tarde en la Edad Media. Juan Soriano, acaso sin proponérselo, en medio de muchos otros retratos, naturalezas muertas y dibujos, fue creando su propia zoología fantástica. En 1967 le pidieron que ilustrara *El bestiario*, de Guillaume Apollinaire, para la editorial Joaquín Mortiz. Meses más tarde, con esos dibujos realizó una exposición en la Galería Juan Martín.

Soriano se fue a vivir a París en 1975. En ese mismo año conoció a Julio Cortázar, Milan Kundera y Valerio Adami; también coincidió con pintores como Pedro Coronel y Alberto Gironella. A partir de esa fecha, Soriano decidió vivir entre París y la ciudad de México. Durante esos años, el pintor retrató a la muerte con varios ejemplares de su arca. En este rubro destacan el perro y el gato: el primero la embiste como si fuera un toro de lidia, mientras que el maullido del felino acompaña a la huesuda en actitud desafiante, como si quisiera gritarle a la cara “todavía tengo más vidas”.

Los felinos, no menos importantes que el león, han sido vistos entre sus obras caminando sigilosamente en sus cuatro patas. ¿Quién no recuerda uno de sus dibujos en donde se exhibe a sí mismo, melancólico, con mirada reflexiva, junto a un felino que lo acompaña



Juan Soriano. Gato, colección María Chumacero

y no deja de mirarlo (*Autorretrato con gato*, tinta sobre papel, s/f)? El carácter independiente de los gatos es un tema frecuente en el arte. Los romanos, por ejemplo, apreciaban mucho este espíritu de los felinos. La diosa Libertas era representada junto a un gato, símbolo de absoluta libertad. En la antigua Roma y en las Islas Británicas, durante el siglo X, se dictaron severas leyes para su protección; las normas fijaban el valor de los gatos y establecían que quien matara a uno debía indemnizar al propietario con una cantidad de trigo equivalente en altura a la longitud del animal. De este modo, se pretendía compensar al dueño por las pérdidas de trigo que, a falta del felino, le ocasionaban los topos.

Los gatos de Soriano no persiguen topos sino se muestran contemplativos, taciturnos, dóciles y haraganes. En 2000, el artista realizó una serie de dibujos que pertenecen a la Fundación del Museo Amparo. El libro que reúne la poesía de Gerardo Deniz, *Erdera*, editado por el Fondo de Cultura Económica (2005),

reproduce esa serie. Acaso inspirado en el Osiris del texto de Cortázar, los gatos de Soriano ilustran la ironía y precisión de Deniz para referirse a ellos: “Convierte en felinina hedionda la vileza del cuerpo y la reboza, arqueológico, en arena, o bien la derrama donde nos escandalice. Más o menos lo que aspiramos a hacer, en secreto, con vagas literaturas”.

Al trote de sus propuestas gráficas, en los últimos años de su vida, aparecieron los anfibios. A partir del trazo fino vertido con tinta al papel conquistaron la redondez. Ranas, renacuajos y sapos colmaron de verde el ingenio, ojos y boca indiscreta quedaron plasmados en el bronce fundido a la cera. Por las noches, si alguien camina junto a las esculturas de Soriano, es muy probable que los escuche croar.

El arca de Juan Soriano ya no es fiel a la historia convencional, en donde se dice que sólo se llevaron a una pareja de macho y hembra de cada especie para poblar nuevas tierras. La de Soriano es distinta porque


Juan Soriano, Cabeza de ave, colección María Chumacero



al parecer cada animal ha ido ocupando un sitio específico que representa una etapa en la vida del pintor. ¿Podría entenderse su trayectoria por la manera en que fue llegando a su mundo tal o cual especie? Álbum de zoología o Animalario en el arte. La obra es extensa. Soriano retratista no sería el mismo sin la presencia de la fauna en su obra. “No hay un animal que no me parezca una obra maestra de la naturaleza. Todo lo que pasa ante mis ojos me sorprende y trato de entenderlo; desde los organismos más diminutos hasta los más grandes, las enfermedades, las cosas del espíritu, el nacimiento de un niño, la vejez”, recordaba el artista gráfico.

La curiosa cualidad de los animales de predecir el futuro ha quedado asentada en algunos términos. La ornitomancia es el arte de adivinar por medio del canto de los pájaros, alectomancia se le denomina a las predicciones por medio del canto del gallo y la eluromancia (practicada por los chinos) es la adivinación con sólo ver los ojos de los gatos. Soriano ejecutaba todas esas habilidades y las esparcía en sus cuadros. En cierta manera, hizo arte sobre arte, depositó pasión sobre la forma, dotó de volumen lo fantástico, volvió a mirar con ojos de niño a la naturaleza.

Teresa del Conde identifica la figura que aparece con frecuencia en la obra de Soriano: “El león, animal solar que ya se encontraba al principio de la década de los cuarenta, a veces acompañando a un San Jerónimo efebo, transportado por ángeles. Los leones de Soriano no son feroces, reposan plácidamente junto a los hombres o se someten voluntariamente al impulso del domador, que no necesita utilizar el látigo para dominar al animal, sino que más bien forma pareja con él”.

Es célebre una fotografía de Juan Soriano en donde aparece disfrazado de león con el rostro descubierto y la cabeza de la botarga recargada en uno de sus costados. Es el niño de las mil caras, como lo llamó Paz, pero también el gran felino que dio un rugido y fue el primero en entrar a su bestiario; luego siguieron los demás, una legión. 



Juan Soriano. *Serpiente y ratón*, colección Luis Chumacero